

LA HABITACIÓN DE LA TORRE. 13 CUENTOS DE FANTASMAS, de E. F. Benson, traducción de Rafael Lassaletta, Valdemar, Madrid, 1994, 227 pág. Distribuye Cemi.

Eduard Frederic Benson (1860-1940) es un autor casi desconocido para el lector de habla española, pero que sin embargo ha sido muy bien apreciado dentro del panorama literario inglés. Contemporáneo de M.R. James, fue uno de los maestros victorianos del *ghost story* (historias de fantasmas), un territorio del terror transitado anteriormente por el escritor irlandés **Sheridan Le Fanu**. Tanto Benson como James pertenecían a la misma sociedad literaria, la de Cambridge, y mantuvieron una buena relación durante cincuenta años.

A diferencia del relato clásico de horror, representado entre otros por **H. Walpole** con *El Castillo de Otranto*, en el que la acción transcurre en castillos ruinosos, pasadizos y tinieblas, propios de una estética romántica, Benson sitúa sus historias en el seno de la vida cotidiana, y es en esa realidad donde busca las fuerzas de lo desconocido. Este tipo de relato, junto a los de **W.H. Hodgson**, anticipan lo que será el moderno relato de terror del siglo XX iniciado por **Lovecraft** y continuado, de manera brillante, por **Stephen King**.

En Benson coexiste junto a esta veta intimista un interés por investigar las zonas más oscuras del pensamiento humano, los fenómenos extraños y el mundo de los sueños. En todos sus relatos, salvo en *El rostro*, existe una explicación final que intenta traer tranquilidad al mundo racional desde el cual se cuentan esas historias. Estas nos presentan un narrador en primera persona que describe, adoptando una perspectiva racionalista y, en algunos casos, pseudo-científica, una situación que ha vivido personalmente o que le han referido de primera mano. Dentro de ese punto de vista se podría encuadrar *Y ningún pájaro canta*.



La mayor parte de los relatos están relacionados entre sí por la presencia común del protagonista y su amigo **Hugh Grainer**. En relatos como *Alfred Wadham, el aborrecido*, *La viña de Nabot*, *El Jardinero* y *El rostro*, surgen las tradicionales figuras de fantasmas asesinos, vengativos o malignos. Particularmente interesante es el caso del primero de los relatos referido, donde el sacerdote **Denys Hanbury** se ve enfrentado a un dilema: guardar un secreto de confesión o llevar a la muerte a una persona inocente. Luego de decidirse por la última opción el sacerdote reflexiona: "aquello me pareció un error lamentable pero nada más (...) Yo agradecía humildemente haber sido capaz de actuar correctamente, pues si por algún acto mío Kennion (el asesino) estuviera entonces en manos de la policía, y Walham (el inocente) viviera, yo habría cometido el crimen más terrible que puede cometer un sacerdote".

Apariciones premonitórias (*En el metro*, *El cobrador del autobús*); fantasmas en pena (*Como desapareció el miedo de la galería alargada*) y extrañas fantasmas vampiros (*La habitación de la torre*) son otros de los tantos temas que aparecen en la obra.

La habitación de la torre es un libro que se lee con rapidez y en el cual el lector asiduo al género de terror puede encontrar los temas clásicos del género en el siglo XX.

Jorge Ernesto Olivera

EL INFIERNO ES UNA CASA AZUL, de Selva Casal. Ediciones de Uno, 1994

La lucidez en la locura asusta. El equilibrio en medio de lo terrible pasma al espectador, más aun que lo terrible mismo. Tal es la sensación que se experimenta al leer la poesía de Selva Casal.

No se trata de un equilibrio al modo clásico, como por ejemplo en Sara de



Ibáñez, sino en un sabio uso del verso libre: muchas veces arrítmico, y de una sintaxis tensa y torsionada, casi sin puntuación, puestos verso y sintaxis a cantar lo terrible. Lo terrible público -textos suyos aluden a nuestra situación política en los '70- o lo terrible doméstico: ese infierno que cabe en el amor, o en el tiempo que va de niñez a adultez, o en esa casa azul que es el infierno, parafraseando el título del libro que aquí se comenta. Se trata de una poesía barroca, lo barroco entendido como suma tensión, torsión y complejidad de los elementos que confluyen en el texto. Un equilibrio difícil que constituye el centro del decir de la autora.

Esta noción de centro es importante. Hay un ser entre fuerzas contradictorias que lo empujan o tiran de él. Esta poesía podría definirse como fragmentos -o aparentes fragmentos- del diario de ese ser puesto en medio de fuerzas que no comprende. Y ante las que es impotente y es solo. Así, en A veces me pregunto cómo entré se lee: "ya no puedo destruir las cosas ni vivirlas", y más adelante: "de todas maneras quedamos solos / entiendes? solos como un grito como un pájaro disecado". Esta certeza de incomunicación se reafirma en el siguiente poema, que comienza sentenciando que "No hay comunicación / no esperen que se abra la puerta". Lo que aterra es que pese a esa lúcida asunción de impotencia se sigue intentando vivir una cosa o destruir otras. Y amar, que es el mayor y más frustrado intento de comunicación. Todo con la misma tenacidad huérfana y heroica.

Con igual insistencia se reivindica la infancia, en tanto orden natural, frente a la adultez, que es la degradación de ese orden. Así, en *Arbol solo*, puede leerse acerca de la infancia: "yo había sido una planta / un animal gigante / que amontonaba en trellas en su vientre". Después queda la añoranza del paraíso perdido y la vivencia del infierno de no entender cómo se ha devenido adulto, de sentir que ese adulto es un ajeno, un parásito, y de vivir en un mundo demencialmente regido por reglas adultas. Un mundo que ha olvidado que "los hondos animales y las flores / no nacen de los códigos".

En suma: se trata de una poesía de locura y desgarrar analizados con lucidez. Es el libro de alguien que siente que "un inmenso gato" le corroee las entrañas pero afirma, con razón, que la locura es su último equilibrio.

Juan de Marsilio